

Una Guerrilla joven conquista Granma

Por YASEL TOLEDO GARNACHE
Fotos ALBA LEÓN

Antes, no entendía ese instinto casi suicida de forzar el cuerpo hasta los límites, el deseo de sentir cansancio, sudar.... Los miembros de la Guerrilla joven, integrada por blogueros, activistas de redes sociales y periodistas de varias provincias del país, lo hacemos con frecuencia y, en el camino, nos volvemos más hermanos.

Del 21 al 25 de este mes, recorrimos parte de Granma, guiados por el deseo de palpar esencias de la nación, en un territorio con más de 600 sitios históricos identificados y señalizados, incluidos 23 monumentos nacionales.

En la Casa natal del Padre de la Patria, Carlos Manuel de Céspedes, iniciamos la aventura que nos llevó hasta el Museo de Cera, el Pico Turquino, Las Coloradas, Cabo Cruz, la Casa natal de Celia Sánchez, en Media Luna, Dos Ríos..., pero escrito así parece muy fácil. Y las peripecias pudieran motivar hasta películas. Algunos las catalogaron de extremas, aunque no debemos exagerar.

CAMINO AL TURQUINO

Cerca de las 7:00 de la noche llegamos al campamento de pioneros Che Comandante, en Bartolomé Masó, bajo una llovizna, final del aguacero que había caído. Allí nos recibieron la subdirectora y otros trabajadores, con sonrisas y amabilidad.

“Aquí llueve todos los días, subir es complicado en estas condiciones”, nos alertaron, pero estábamos decididos: veríamos al Apóstol en lo más alto.

Baños, comida, charlas, chistes y apenas unas horas de sueño, porque a las 2:00 de la madrugada salimos rumbo al Parque Nacional Pico Turquino, en Santo Domingo.

Quien estaba al frente de la instalación, un señor delgado y bastante serio, nos dijo: “Es casi imposible. El sendero está en pésimo estado y, después del mediodía, cae cantidad de agua”, sin embargo, la tropa no se amilanó.

Y él recalcó: “Para lograr ese propósito deben caminar 18 kilómetros hasta la cima, más cinco de retorno al campamento de Aguada del Joaquín. Sumen el fango y el casi seguro aguacero. No están acostumbrados a tanto”.

Y era cierto, pero seguimos loma arriba.

El trayecto incluyó caídas y esa mezcla de cansancio, sudor y resaca en la boca, que combatimos con caramelos y refresco.

El punto más alto de Cuba, ubicado a más de mil 970 metros sobre el nivel del mar, parecía alejarse cada vez más, sin embargo, la voluntad resistía: debíamos celebrar la boda de Rodolfo Romero y Karen Alonso, dos habaneros llenos de sueños, de la cual les contaré en otra oportunidad.

Desafortunadamente, todos no subieron, pero hubo intercambio de anillos y hasta brindis en la cima. Admiramos el busto de José Martí, obra de la escultora Gilma Madera, y símbolo para quienes amamos los retos y el país, colocado por Celia



En el Monumento Nacional, situado en Dos Ríos



Junto a pioneros de la escuela local, en Cabo Cruz

Sánchez Manduley y su padre Manuel, en 1953.

Cuando el motor del camión bramaba para subir una de las tantas pendientes, ya de regreso desde Santo Domingo hasta El Caney de Las Mercedes, pensaba en la sensación de desafío eterno que implica el Turquino y hace que algunos quieran subirlo otra vez, aunque haya faltado el aire y dolido los músculos.

Parecía que lo difícil había concluido y solo nos restaba compartir en el campamento de pioneros Desembarco del Granma, en Las Coloradas, Niquero, y con pobladores de Cabo Cruz. Además, adentrarnos en otros sitios históricos, del llano.

No obstante, los programas de los eventos son apenas palabras escritas. Hasta las 3:00 y pico de la madrugada estuvimos con la guala rota en Manzanillo.

A las 6:00 de la mañana arribamos a Las Coloradas, hora ideal para comer, cuando no se ha hecho, y dormir al menos tres horas. Su director y los demás trabajadores nos atendieron como si fuéramos de su familia.

Cabo Cruz nos proporcionó uno de los momentos más especiales: el intercambio con los pioneros de la localidad y con Roldán Hernández, miembro del destacamento Mirando al mar. Allí realizamos una iniciativa tradicional del grupo: El estancillo Patria, consistente en obsequiar semanarios de cada provincia, libros de cuentos, temperas,

lapiceros, revistas, juegos, las únicas dos ediciones del periódico Granma en colores...

OTRA VEZ JUNTO AL HÉROE NACIONAL

El domingo 23 fuimos al encuentro del Héroe Nacional, en Dos Ríos, donde cayó el 19 de mayo de 1895. La historiadora Nubislaidis Rosel narró lo sucedido aquel día y cómo el primer obelisco fue constituido con piedras, depositadas por los mambises.

Nos dirigimos a la orilla del río Contra maestre a buscar otras y ponerlas en el lugar, como expresó Máximo Gómez que debían hacer los cubanos dignos que lo visitaran.

Estaba crecido y había fango, pero el compromiso con nosotros mismos, la historia y nuestros sentimientos era más fuerte que todo.

La tarde de ese día significó abrazos y despedidas. Ahora, como Itsván Ojeda, periodista de Las Tunas, me quedo con el sabor agradable de juntarme con gente especial y de haber conocido a Rafael y a Bernardo, trabajadores de la Empresa de Flora y Fauna, en el Alto de Joaquín, o a colectivos geniales, como los de los campamentos Che Comandante y Desembarco del Granma.

Como Lilibeth Alfonso, de Guantánamo, escribo que amé la experiencia, sus retos y las personas en el camino. Granma es una provincia que encanta.



Estampa del último sábado

Por LUIS CARLOS FRÓMETA AGÜERO
lcfrometa@gmail.com

El increíble viaje de Changuito a La Habana

A buen sueño, no hay mala cama.
Anónimo

Cuando en Los Horneros de Guisa gran parte de los pobladores ganaban el sustento diario fabricando carbón, Changuito, un ocurrente personaje de la zona, echaba a volar su imaginación con tal firmeza que dejaba boquiabierto hasta al más incrédulo, nada de velorio que se le resistiera ni guateque que escapara a sus reiteradas ingeniosidades.

-¡Oiga, compay!, la primera vez que subí a un avión fue del carajo pa'riba, tenía deseos de conocer La Habana desde el aire, disfrutar de sus edificios altos y hasta pasear por el malecón- comentó el campesino con su forma peculiar de ver la vida, y prosiguió:

“Pero no fue tan fácil como muchos piensan, desyerbé todo tipo de monte y levanté varios hornos hasta pagar el pasaje de ida y vuelta, pero como quería llevar un par de zapatos especiales, acopí carbón durante dos semanas más y los compré.

“Llegué al aeropuerto de Bayamo, subí a la nave, y en poco tiempo estaba en la capital del país, visité cuanto pude: el zoológico de los peces y el de los animales también, La Bodeguita del Medio, El Capitolio...

“Y como allá hay cosas que por estos lugares se desconocen, localicé, en Marianao, a un zapatero de prestigio para que colocara en mis suelas muelles resistentes a prueba de grandes saltos.

“Llegó la hora del regreso a casa y al subir al avión le dije a la aeromoza que me avisara cuando voláramos sobre Los Horneros. Como a la hora de viaje, la dulce voz de una mujer recordaba mi destino”:

-Mire, señor, ya estamos volando sobre Los Horneros de Guisa.

“Y sin pensarlo dos veces, me ajusté los zapatos, abrí la puerta del avión y me tiré con el propósito de caer en un lugar cercano a mi rancho, pero al tocar suelo, se activaron los muelles y comencé a saltar y a saltar..., sin detenerme.

“De todo el lomerío llegaban personas para ver aquel espectáculo, y entre ellas divisé a mi mujer Gracianita, quien, preocupada porque llevaba más de 12 horas sin comer nada, por el brinca que te brinca, empezó a lanzarme boniatos al aire, los que cogía uno a uno para alimentarme.

“Dame un poco de café claro, vieja, pa'bajar los boniatos -le grité con todas mis fuerzas. La última vez reboté tanto, que pensé en no regresar jamás a la tierra.

“Menos mal que en ese instante pasó el mismo avión, de regreso a La Habana, y como la aeromoza me conocía, dejó caer una sogá y me trepé al aparato. En poco tiempo estaba nuevamente en la gran ciudad.

“Allí, cambié los zapatos especiales por unas botas con espuelas, llegué a la casa de un pariente que vivía en Alquízar, le conté lo sucedido y, a tanta insistencia, me prestó una potranca para que retornara a mi bohío.

“A suave galope llegué, ¡imagínense!, los vecinos al verme sacaban todo tipo de papel para que les firmara el autógrafo, y yo, con una sonrisa de triunfador los complacía.

“Así me mantuve casi una hora y media, hasta que la voz ronca de mi esposa Gracianita me erizó de pies a cabeza”:

-¡Carijo!, Changuito, despierta, que hay que seguir chapeando pa'completar el pasaje pa' La Habana.